

Recordar, compartir, aprender

Murcia

Francisca González García, 77 años

Alicia Pérez Bernabeu, 19 años

LA ETERNA LLAMA

En una soleada pero calurosa tarde de mayo, tuvo lugar un encuentro entre dos personas que, hasta ese momento, nada sabía una de la existencia de la otra. La primera era una joven muchacha que sujetaba una flor de papel maché que ella misma había diseñado la noche anterior mientras pensaba cómo iba a ser el esperado encuentro.

Estaba nerviosa, pero sonreía mientras recordaba dejándose llevar por las angostas calles del barrio de San Andrés cuántas veces había ensayado en su casa cómo sería la presentación ante su misteriosa anfitriona. Ésa era yo.

La segunda aguardaba a su invitada en la salita de estar de un segundo piso sin ascensor con un pequeño ventilador que hacía todo lo posible por aliviar el bochorno que en aquel momento colmaba la habitación. Ella esperaba la llegada de su visita mientras regaba alegremente las plantas al compás del pasodoble que sonaba en la radio. En ningún momento se planteó cómo iba a ser el encuentro, sencillamente porque dejaría de ser ella; dejaría de derrochar improvisación, de prestar el cien por cien de su atención en aquello que está haciendo y de mostrar esa espontaneidad que tanto le caracteriza. Ella es Francisca.

Cuando llegué a mi destino, mientras esperaba en el rellano me pregunté qué clase de historia me iba a contar aquella mujer cuya irrefrenable vitalidad le impedía permanecer sentada a mi lado más de diez minutos seguidos. ¿Sería una intrépida aventura donde tendría que sobrevivir en lugares desconocidos? ¿Una romántica historia de amor al más puro estilo de Corín Tellado? ¿Una divertida anécdota para romper el hielo en una reunión entre amigos? Antes de que pudiera seguir barajando posibilidades, su delicada voz me sacó de mis pensamientos con una frase que me dejó tan asombrada que fui incapaz de articular palabra. “Bien, rubita, no sé qué clase de historia te gustaría escuchar pero al verte con la flor me inclino a pensar que preferirías alguna que tuviera un final feliz y que terminara con un beso apasionado, ¿no es así?”.

Al ver mi boquiabierta, y seguramente cómica, cara de asombro se echó a reír y me indicó con dos suaves golpecillos sobre el cojín del sofá que tomara asiento y me pusiera cómoda. Fue en ese momento cuando supe que no iba a necesitar la libreta. De modo que, mientras yo daba un sorbo a mi té frío, ella empezó a hablar.

“Me encanta la flor que me has traído. Me trae muy buenos recuerdos de cuando era tan sólo una chiquilla que correteaba en Campo del Río. Y es precisamente allí donde comienza mi historia. Desde niña siempre me ha gustado observarlo todo. Cuando tenía seis años me entretenía desmontando los juguetes de mis hermanos, afición que, por cierto, me ha costado más de una riña con ellos. Sólo quería saber cómo funcionaban, de qué estaban hechos; averiguar si era factible montarse en uno de aquellos modernos aviones que ellos tenían y volar hasta destinos que ni siquiera conocía el nombre. Aunque otras veces mis intenciones no eran tan inocentes...”.

Bajando su tono de voz hasta convertirlo en un susurro, me reveló lo que parecía un secreto imperdonable: “A veces sólo desmontaba los aviones para quitarles las armas y enterrarlas en el jardín para que jamás vieses la luz. Si había algo en el mundo que me aterrorizara era el fuego. Tan solo el olor del humo que desprendían los montones de malas hierbas que los agricultores prendían a tempranas horas de la mañana, provocaba que un escalofrío recorriera mi espalda y me impulsara a salir corriendo”.

“Solía jugar con Eduardo, un chico que, aunque tenía un año más que yo, compartía todas mis inquietudes. Juntos solíamos tumbarnos en el suelo y mirar el cielo mientras planificábamos aventuras. La gente del



pueblo solía decir que éramos almas gemelas, pero por aquel entonces ninguno de los dos sabía lo que significaba eso, de modo que nos encogíamos de hombros y regresábamos a nuestro mundo. Un mundo donde todo tenía sentido”.

“Una tarde, en uno de nuestros paseos habituales, paramos a descansar un unas rocas bañadas por los últimos rayos de sol que acariciaban la tierra cultivada que se divisaba a lo lejos. Eduardo se quedó callado y me miró fijamente a los ojos. Iba a decirme algo. En aquel momento no sabía explicar cómo pero sentía que el fuego estaba más cerca que nunca, y cuando parecía que iba a articular la primera palabra, miré por encima de su hombro y vi que todo el cielo se había teñido de un rojo intenso, un rojo que me pareció tan escalofriante que no pude evitar salir corriendo dejando a mi alma gemela muy atrás”.

“Por caprichos del destino no volví a ver a Eduardo hasta algunos años después. Ambos habíamos madurado y nos habíamos abierto camino en la ciudad para superar la delicada situación económica que en aquel momento azotaba a nuestras familias. Jamás pudimos imaginar que nos volveríamos a encontrar en una sesión de cine mientras admirábamos el arte de la Niña de la Puebla. En aquel momento sobraron las palabras. Ambos fuimos testigos de que nuestra química había seguido el mismo ritmo de maduración que aquellos dos intrépidos chiquillos de Campo del Río y, por primera vez, comprendimos qué significa ser almas gemelas”.

Entonces Francisca dirigió lentamente la mirada hacia el calendario y con una tierna sonrisa me confesó lo siguiente: “Precisamente hoy, 3 de Mayo, hace 58 años una radiante novia de tan solo diecinueve años estaría preparándose para la mayor aventura de su vida junto a un hombre que eliminó todo resquicio del miedo al fuego porque prendió en aquella novia una cálida llama que le acompañó toda su vida en los buenos y malos momentos”.

En cuanto Francisca dejó de hablar, sonó el timbre de la puerta como si hubiera estado esperando a escuchar el final de esta historia, y a ello respondió diciendo: “Debe de ser Eduardo, hoy vamos a salir a celebrar nuestro aniversario”.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Cuando partí de la casa de Francisca fui consciente de que había conocido a una mujer muy parecida a mí. Tan sólo unas horas antes éramos desconocidas cuyos caminos no se habían cruzado hasta que establecimos contacto, pero al caer la tarde de ese 3 de Mayo yo me sentía poseedora de una pequeña parte de su vida.

La vida de Francisca no fue de color de rosa, como ella misma reconoce: “Ninguna vida lo es”. Cuando tomó la mano de Eduardo para seguir su rumbo como pareja, ambos volaron lejos. Se trasladaron a Barcelona pensando que aquella ciudad industrializada y adelantada a los tiempos que corrían era como ‘La Meca’ de aquel que buscaba una oportunidad para expandir su propio negocio. Viajaron con maletas atadas con cuerdas y llegaron “con una mano delante y otra detrás”, pero en todo momento permanecieron unidos; aprovechando pensiones, ofertas de mercadillo y empleos a doble jornada lograron salir adelante escribiendo las páginas de ‘Su historia’.

Ahora pienso lo simple que fui cuando me preguntaba cuál sería ‘el tema’ de la historia de Francisca. La vida no es un tema, sino un cóctel de experiencias que vives junto a determinadas personas que, independientemente de su papel como marido, padre o amigo, te aportan la energía que necesitas para afrontarlas.

Aunque se atravesasen baches, se sufran desilusiones o se reciban duros golpes, es importante saber levantarse, luchar por superar esas arduas situaciones. Merece la pena hacerlo porque cuando llegan los buenos momentos, éstos tienen un dulce sabor que solapa las amargas de lo que anteriormente se vivió. De esta manera, si tienes que contar una historia, contarás lo bueno pero a la vez transmitirás la experiencia de las contrariedades que han hecho que esa historia sea tan significativa para ti.